

MANUEL MILIÁN MESTRE



LOS PUENTES ROTOS

PENÍNSULA HUELLAS

Los puentes rotos
Manuel Milián Mestre

Traducción de Agnès González Dalmau

ediciones península

Título original: *Els ponts trencats*

© Manuel Milián Mestre, 2016

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2016

© de la traducción del catalán: Agnès González Dalmau, 2016

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

ÀTONA VÍCTOR IGUAL · fotocomposición
CAYFOSA - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-9.775-2016
ISBN: 978-84-9942-518-4

ÍNDICE

Prólogo, por Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón	11
Introducción	15
1. Razones de un arrepentimiento	21
2. Raíces en Els Ports de Morella	35
3. Tortosa, una medida del amor	57
4. Primera conciencia de la empresarialidad en Cataluña	91
5. Hacia la configuración del cambio	115
6. Las vías subterráneas del cambio democrático (1968-1975)	147
7. El puente de la Transición	191
8. La construcción de la concordia y la autonomía	233
9. El pilar de la Constitución	277
10. Los empresarios y la sociedad civil en la Transición (1975-1980)	353
11. El solitario de Clos Mosny	401
12. « <i>Parturient montes, nascetur ridiculus mus</i> »	449
Epílogo	511
Índice onomástico	541

I

RAZONES DE UN ARREPENTIMIENTO

Es sabido que a nadie le gusta escuchar las verdades cuando son duras y crudas. No obstante, quienes tenemos vocación por la prospectiva o la profecía tenemos el deber de avisar, de advertir sobre los virajes y los obstáculos del camino y las dificultades que puedan alterar la normalidad. Hoy nos encontramos en una coyuntura en la que se arriesga gran parte de lo conquistado en los últimos decenios y se apuesta por el gran problema de los retos enigmáticos y las incógnitas por esclarecer. Con este espíritu invoco a Joan Maragall cuando poetizaba, tal vez con sensaciones semejantes a las mías:

Vigila, espíritu, vigila,
no pierdas nunca tu norte,
no te dejes llevar a la tranquila
agua mansa de ningún puerto.

No sé si estamos vigilando lo suficiente; sí que tengo claro que hemos perdido el norte y no lo encontramos. Hay demasiada confusión y se ha extinguido la esencia de nuestra cultura de respeto y reflexión, de medir bien los pasos antes de darlos, de caminar dubitativos porque ni siquiera sabemos adónde vamos, y menos aún el trazado del camino. Ahora, más que nunca, Antonio Machado tiene vigencia: «se hace camino al andar»; pero, como él decía con gran sentido, «caminante, no hay camino...». ¿Realmente está alguien en condiciones de

anunciar una vía de salida a este enredo? El hasta hace poco presidente de la Generalitat de Cataluña, Artur Mas, no sabe adónde va, por mucho que diga que sí sabe adónde quiere ir. Faltan críticos, faltan los intelectuales que en otras épocas de la historia definieron perspectivas como Ortega y Gasset en la República, aunque luego añadiera lo de «no es eso, no es eso». Ciertamente, el desbarajuste de la Segunda República nos llevó al desastre de la contrarrevolución y la fratricida Guerra Civil de 1936-1939. No era, evidentemente, lo que él sospechaba, pero tampoco es eso lo que hoy nos sirven en plato de sueños y mentiras los profetas del paraíso, tal como hacen Oriol Junqueras, Francesc Homs *et caeteris*.

En Cataluña y en España, faltan los intelectuales de verdad; esos que, al hablar, enseñan la perspectiva del momento y abren las puertas del futuro inmediato, complejo y escarpado, que quizá tenga más que ver con *El paraíso perdido* de John Milton que con la *Gerusalemme liberata* de Torquato Tasso, a quien yo recordaba y releía al anochecer en mis días romanos al lado de su *quercia* (encina) en la Piazza del Gianicolo, lugar divino, al menos para ver el día morir sobre las azoteas de Roma entre doradas y terrosas, casi rojizas.

Tal vez no nos hayamos conformado con lo que hemos ganado en los últimos cuarenta años de una España liberada de la dictadura. Quizá queríamos más porque los sueños ultrapasan siempre la pesada realidad y nos alejan de lo que los ojos y la inteligencia captan y que, a menudo, no queremos ni escuchar. Para soñar existen los desiertos, porque ahí no hay ni límites visuales ni fronteras. A menudo incluso el paisaje se modifica con una ráfaga de viento o en una noche de luna y vendaval. Nos hemos acomodado demasiado en el agua mansa de un puerto, y nos negamos las evidencias de una decadencia moral poscrisis, de un eclipse de los grandes valores, incluso de una destrucción de las categorías éticas, sin las cuales toda agua es plácida porque se corrompe. Y eso sucede en nuestra casa e in-

comprensiblemente cegados por la reverberación de los sueños de esos líderes —ellos así se llaman— que confunden la ceguera con el sueño que históricamente nos ha llevado al fracaso.

¿Las elecciones europeas del 25 de mayo de 2014 no apuntan al despertar de los radicalismos de izquierda y derecha? Que nadie en sus procesos febriles piense que el sistema puede resistir el tremendismo y la angustia de la hipotética salida de la crisis, que, si no se indican soluciones o esperanzas a corto plazo, propone tempestades muy serias y definitorias para el futuro. Me lo apuntaba hace meses en Madrid un gran experto en economía mundial que desarrolla su actividad en Estados Unidos y asesora a la Reserva Federal y el Banco Mundial, entre otros organismos: «El problema ahora no son los bancos, ni el sistema financiero, sino que el devenir de la crisis está en manos de los gestores de los grandes fondos de pensiones e inversiones». Es decir, los Soros y compañía, que mueven ingentes cantidades de dinero en los mercados internacionales.

Con este panorama, ¿qué pueden hacer los Estados y los bancos centrales si las causas están fuera de su alcance y radican en los señores feudales de las inversiones mundiales? ¿Quedan armas defensivas para neutralizar sus efectos devastadores? Ni la sociedad está en condiciones de resistir, ni las clases medias —colchón neutralizador de los conflictos sociales— tienen hoy el grueso y la actitud exigibles frente a semejante desafío; ni las estructuras de la democracia resisten, teniendo en cuenta su elevado grado de corrupción institucional; gobernantes corruptos; políticos mediocres, incapaces y sucios de escándalos; moral social destruida y un exceso de desánimo en la población. Yo aconsejaría releer un libro fascinante y dramático de Stefan Zweig, sus memorias tituladas *El mundo de ayer*, sobre el universo y la cultura que arrastraron Europa a la decadencia y la ruina tras la guerra de 1914, y a la devastación absoluta de 1939, la Segunda Guerra Mundial. Hoy, más que nunca, merecería una reflexión responsable.

No quiero invocar al profeta Jeremías, pero sí unos hechos que pronostican intranquilidad: la abdicación del rey Juan Carlos con alarmantes elementos de improvisación y urgencia; el desafío de Artur Mas en actitud de autómatas frente a la ley y el sistema constitucional; la claudicación del alcalde de Barcelona, Xavier Trias, frente a las acciones juveniles, más o menos revolucionarias, claramente reivindicativas de otro sistema; los graves escándalos a punto de ser sentenciados por los jueces —¡ojalá que independientes!— en España y en Cataluña conocidos por todo el mundo, y también ese tufillo de gobernanación podrida de espaldas a los ciudadanos, genuinos titulares de los derechos y la soberanía, que solo pueden esgrimir cuando son convocados a las urnas, después de interregnos de no haber sido escuchados en sus peticiones y quejas, realmente aplastados por el engaño a sus derechos y el excesivo gravamen de los impuestos. Que tome nota aquel a quien corresponda: ¡sin clases medias no habrá estabilidad! En consecuencia, negros presagios sobre la sociedad, la economía, la política y las instituciones. Es la trayectoria sistemática de una grave crisis ni controlada ni contenida. La raíz del problema es el eclipse ético general, la falta de una sólida autoridad que reconduzca los abusos del poder, las arbitrariedades de los partidos políticos y los banqueros, y el hecho de que no se haya expulsado del sistema a los innumerables mediocres que han hundido el proceso social y el bienestar, fomentando el abuso y la codicia sin límites. Esta orfandad de *auctoritas* es, ni más ni menos, lo que denuncia y diagnostica Moisés Naím en el ensayo *El fin del poder*. Fue la gran ambición de quienes pretendieron reordenar las cosas en los años siguientes a la crisis de 1929.

Y no lo consiguieron. Los «reordenadores» crearon un ensayo de orden nuevo, buscaron los caminos de la disciplina y la dureza, caminaron hacia la imposición y el Imperio, y destruyeron pueblos y sociedades. Todos sabemos cómo terminaron esos fascistas italianos, esos nazis neopaganizantes germánicos,

esos iluminados del «Por el Imperio hacia Dios». La Segunda Guerra Mundial, terriblemente destructiva, lo echó todo abajo. Un comunismo casi esotérico dejó decenas de millones de muertos y destruyó casi el alma de muchos pueblos del este de Europa. Stalin consolidó la imagen del monstruo reductor de pueblos, «reeducador» de los millones de ciudadanos en un sueño apoteósico del imperio de la clase obrera; es decir, de la dictadura del proletariado. ¿Así pretenden algunos reconducirnos? ¿Es ese el camino que quieren ignorar los nuevos conductores de pueblos, aquellos que aspiran a manipularnos como si fuéramos indolentes, que difuminan la realidad y todas las consecuencias negativas de su sueño? Ciertamente ese no será mi camino. Antes el silencio y la soledad montañesa de un ermitaño.

Yo dudo de esos profetas, de tantos mentirosos que circulan por nuestros pueblos y ciudades. Sencillamente, no creo en la supuesta unanimidad que, por ejemplo, nos vende la llamada Asamblea Nacional Catalana, ni en el buen sentido de su ex-presidenta profetisa, Carme Forcadell, ni en las ideas traviesas de quienes desde la sombra construyen argumentarios demagógicos, hojas de ruta, o cavilaciones instrumentalizadas para arrogarse el poder, cuando este finaliza en Occidente por su idiota decadencia, que se resiste a ver o sensibilizar. Yo no seré de esos, ni «*d'eixe món*», como cantaba Raimon en las postrimerías del franquismo. El sueño del viaje a Ítaca puede salir muy caro, por mucho que algunos lo conviertan en causa de su soberbia. Rodeado de talibanes, el Honorable Artur Mas no ha querido escuchar a los críticos, porque no están o porque se esconden. Yo oigo, día a día, la palinodia de «todo lo que los catalanes no debemos hacer nunca más, Milián», como me repetía hasta la obsesión el presidente Tarradellas en el exilio de Saint-Martin-le-Beau, en el Palau de la Generalitat, en su residencia de la Casa dels Canonges o en el piso de la Via Augusta hasta el día de su muerte. Era la coherencia y la consistencia de

un viejo experimentado, lleno de heridas del tiempo de la República y de un exilio de casi treinta y ocho años, que elevó la sensatez hasta la cima y fue respetado por derechas e izquierdas en la España de la restauración de la democracia. Ese gran maestro de la política empírica fue para mí el mejor profesor de la síntesis de una España doble, partida ideológicamente, pero que encontró la solución brillante en la Constitución de 1978, la de vida más larga de la historia constitucional de España. Por eso hago mi examen de conciencia ahora y aquí, con exceso de arrepentimientos y también cargado de razones, memorias y confidencias de ese hombre extraordinario que fue el presidente Tarradellas. Tal vez esos recuerdos y esas reflexiones me lleven a este descargo de conciencia que empieza con este libro, en tiempos difíciles y de compromiso necesario.

El 4 de julio de 2008 publiqué en *El Periódico de Catalunya* un artículo con el título «La hora de la rebeldía», en el que expresaba todo mi desencanto con el PP de Cataluña, que hoy es una muestra axiomática de la indignidad. Nunca conocí tanta cobardía en la política de este país por parte de quienes predicaban libertad, democracia y libre opción política. Una vez más, la mano negra del directorio nacional del PP, es decir, de Madrid y desde Madrid (Ana Mato en concreto), vino a entrometerse en un proceso congresual que, de nuevo, trataron de adulterar, inveterada costumbre en este sufrido PP catalán, al que jamás se le ha respetado su libertad de decidir, como puede deducirse de la caterva de inmolados a lo largo de los últimos veinte años. Ni ayer Aznar ni ahora Rajoy han superado la tentación de interferir en la voluntad de «la muy doliente militancia catalana», a la que condenan de forma sistemática a la tutela y a la minoría de edad. Una descomunada contradicción con la historia del partido, que nació como idea y proyecto en Cataluña a partir de 1970, y desde ahí se forjó, en 1972-1975, hasta el regreso de Manuel Fraga de su embajada londinense y la reanudación de una actividad política ya al margen de cualquier concomitancia franquista.

Si tomo la pluma ahora para denunciar estas cosas es por el hecho de que fui uno de sus fundadores, con un pequeño grupo de personas —profesionales y empresarios— cuya catalanidad y moderación formaban parte sustancial de su idiosincrasia, y porque treinta años de militancia, si computamos la fase prefundacional, asisten mi derecho a defender una causa de la que nunca renegué, pero de la que me siento divorciado desde el año 2000, cuando me retiré de la lista de diputados por las firmes discrepancias que mantuve con Aznar y su manera de entender el partido y Cataluña. Ya entonces, igual que en 1990, mis enfrentamientos críticos solían tener un idéntico causante, Javier Arenas, sin duda el más ratonil, cínico y camaleónico líder de esta organización política, a la que se incorporó después del desastre de UCD en 1982, y de haber despejado la incógnita de otras opciones por la izquierda, en las que, obviamente, no apreció rentabilidad o que le cerraron la puerta. En consecuencia, estamos en el terreno de los oportunismos y las conveniencias personales, y no de los principios, los valores y las categorías. Por esta razón se fomentó la discrepancia en el seno del PP catalán, se facultaron las capillas y los caciques en busca de una debilidad congénita, que impide formalmente el desarrollo de una identidad propia, que, sin duda, habría incidido en la política española desde la peculiaridad catalana, del mismo modo que, años atrás, sucedió en el PSC. Es decir, nunca se quiso ni siquiera ensayar el intento o el proyecto de un modelo semejante. ¿Por qué tal desconfianza?

No dudo de que, tras ello, se oculta una decidida actitud de recelo hacia un centroderecha catalán —y catalanista— que implicara representación de la genuina causa catalana. El trato del PP con los catalanes de su militancia fue injusto casi siempre, porque nunca apreció los valores y las personas en sí mismos; más bien coloreó de extrañas intenciones los posicionamientos, ideas e intereses de este grupo de personas. De ahí que, cuando hubo que premiar el traslado de votos catalanes

en 1996 y 2000, se marginó a los militantes históricos o a los cuadros habituales del partido, a favor de advenedizos y oportunistas (Josep Piqué, Anna Birulés, Miquel Nadal, Francesc Vendrell, etc.). Una humillación injusta, innecesaria y torpe, si se hace un balance *a posteriori* de lo sucedido con estas personas y otras muchas que ocuparon cargos de segundo orden (Aurora Catà, Pedro Farreras, Susana Bouis, etc.). No se buscaba la lealtad probada al partido y su proyecto, sino la nueva legitimidad del compromiso personal del oportunista, sin menoscabo de su valor como personas. El PP catalán se convertía en una imprescindible moneda de cambio para los pactos parlamentarios del PP nacional o de sus gobiernos; una escandalosa instrumentalización de la voluntad y buena fe de los militantes, gentes para el partido, jamás para los cargos o las responsabilidades categóricas. Vidal-Quadras en este sentido tampoco fue una excepción, sino víctima de esta regla. El problema fundamental radica en la desconfianza hacia Cataluña y los catalanes.

Desde la sede madrileña del PP, después de Fraga, solo se ha apreciado al catalán domesticado, servil, elástico y, de ser posible, dependiente económicamente del partido o de los cargos otorgados desde la dictadura de las listas; de esta guisa, se coartaba toda independencia individual, se ahogaba cualquier tentativa de liderazgo y se sometía a toda la estructura de su poder territorial. ¿Quién podía defender un átomo de autonomía o de soberanía partidaria? Los osados que lo pretendieron —Piqué entre ellos— tuvieron idéntico final: su casa. La moneda de cambio sirve para lo que sirve: para cambiar de mano, para cerrar tratos y compromisos o para pagar a traidores. Un partido que no rompa ese esquema, tan poco ético, está condenado a la infravaloración, el desprecio y la muerte de su voto. Ese meter la mano habitual ha condenado al PP catalán a la nada que es hoy, a la pura testimonialidad, a la existencia vegetativa, a la defunción a plazo fijo.

Hoy el problema del PP catalán es Madrid: el entorno de Rajoy, la negación fáctica del respeto democrático a sus bases y militancia, la violación sistemática de la voluntad y las opiniones de los cuadros; cuando menos, esa eterna concesión intervencionista de las gentes de la escuela de Javier Arenas, de esas que con sus hechos confiesan que lo que es bueno para Cataluña no puede ser bueno para Andalucía o para España. ¿Cómo puede explicarse, si no, la dualidad ética del PP andaluz, que se arroga puntos del Estatuto catalán que ellos mismos han cuestionado ante el Tribunal Constitucional? ¿Cómo se justifica una campaña política en la que utilizan Cataluña como contrapunto negativo, sin sonrojarse por sus manipulaciones posteriores, que solo a ellos benefician? ¿Cómo se explica ese artículo de asimilación general en el Estatuto valenciano de todo cuanto alcance Cataluña en el suyo? Son procederes políticos amorales o incoherentes. No pueden cosecharse votos por esas Españas a costa de darle palos a Cataluña y a los catalanes, como se ha venido haciendo desde el año 2000 hasta el congreso de Valencia. Igual que no pueden pagarse votos andaluces (del PSOE) con las supuestas deudas históricas del señor Chaves, cuando las deudas, injustas y estructurales, están en Cataluña. Cornudos y apaleados: ese es el papel del PP catalán en esta hora.

Yo creo llegado el momento de la rebelión contra este ilegítimo proceder de la intervención sistemática sobre la voluntad de los militantes del PP en Cataluña. Déjenle la opción democrática mínima de escoger a sus líderes y sus programas. El PP es en Madrid un deficiente ejemplo de casi todo; sin embargo, en su día no rompió la libre voluntad de Alberto Ruiz-Gallardón o de Esperanza Aguirre y sus gentes díscolas. ¿Acaso Cataluña es una realidad social inferior a Madrid? ¿O acaso «madrileñizar» los procedimientos es una razón ética suficiente para fundamentar la manipulación de las voluntades que se congregan en torno a un proyecto o una idea política? ¿Así se

entiende la democracia interna después del congreso de Valencia? Si este es el «centro» que nos ha de salvar, aviados vamos. Por eso la legitimidad del proceso impone, aunque fuere por una vez y sin que sirva de precedente, la rebelión como respuesta. Es la única dignidad que le resta al que no puede elegir.

Algunos telespectadores se mostraron sorprendidos cuando, la noche del 28 de febrero de 2014, confesé mi decepción por la política que desarrolla el PP desde el Gobierno de España y las señales que se perciben, por acción u omisión, en los caminos futuros del partido. Muchas personas me han preguntado por la razón que motivó una confesión de desengaño tan explícita después de treinta años de pertenencia al PP y de haber intervenido decisivamente en sus orígenes a partir de 1970, en lo que podríamos considerar los «cimientos fundacionales» que darían lugar a su cristalización en 1975 como Reforma Democrática Española y Reforma Democràtica de Catalunya, ya diferenciadas y con un manifiesto —de la segunda— que se publicó en catalán: *Crida per a una Reforma Democràtica* («Llamamiento para una Reforma Democrática»). Mi ruptura con el partido —primero AP, luego PP, con alguna etapa en el intervalo— se produjo definitivamente en el año 2000, después del primer mandato de José María Aznar, tan brillante como efectivo gracias al Pacto del Majestic con CiU y Jordi Pujol. Pero mis vínculos emocionales ya se habían deteriorado a partir de 1996 debido, fundamentalmente, a la cuestión catalana y el trato escolar al catalán, para mí «una cuestión de conciencia», como argumenté públicamente a Aznar en una reunión de diputados catalanes y algunos líderes del partido. En esa ocasión, Fraga me había aconsejado que defendiera mi punto de vista con todas sus consecuencias. ¡Y desde luego que las tuvo, en el año 2000, cuando se confeccionaron las listas para el Congreso de los Diputados! Fue mi adiós al partido y la carrera política, pese a recibir diferentes ofertas de otras formaciones catalanistas.

Pero una cosa es la ruptura y otra la decepción, tal como expone Germà Bel en el libro *Anatomía de un desencuentro* (2013). Con la reincidencia en el Plan Hidrológico Nacional, que puede tener efectos nefastos para el delta del Ebro y sus territorios, fue cuando me desentendí y me arrepentí de la causa que ocupó casi la mitad de mi vida. Soy de quienes mantienen sus principios y lealtades hasta el final, mientras la situación sea razonable. Cuando los hechos modifican la sustancia de los principios o los programas, lo éticamente digno es la retirada y, más tarde, el olvido. Los motivos son claros:

- a) El PP se ha transformado en una plataforma de poder y en un instrumento para conseguir ese poder, lejos de la lealtad a sus principios y la coherencia con sus postulados.
- b) Durante la presidencia de Rajoy y su Gobierno desde noviembre de 2011, se ha marginado a la mayoría de los líderes de referencia del PP y también a todos los que pudieran competir en una disputa por el liderazgo, con el pretexto de continuas renovaciones y «refundaciones», que casualmente nunca afectan a los antiguos naufragos de la UCD o sus acólitos. Es vergonzosa la usurpación de «derechos» curriculares, si puede hablarse así, que se ha producido en los últimos años.
- c) Los procedimientos utilizados en el control y la superación de la gravísima crisis que desde 2008 afecta a la economía y la sociedad del país han supuesto un enorme deterioro de las clases medias, hasta la pérdida de su poder adquisitivo y el gran agobio fiscal. Precisamente, Manuel Fraga impuso desde los inicios de la fundación el doble objetivo de un trato preferencial de las clases populares y una manifiesta predilección por la consolidación de las clases medias en España. Era su obsesión en la génesis del partido.

- d) Cataluña fue siempre mi batalla y Fraga atendió hábilmente a mis propuestas, que se iniciaron en el Gobierno de 1976, cuando pilotaba el proyecto de la Transición, con una idea que aún hoy algunos reivindican: la Mancomunidad de Prat de la Riba. Hecho que, poco a poco, daría lugar al consenso constitucional y a las autonomías diseñadas por los constituyentes. Durante unos cuantos lustros hubo puentes entre Cataluña y España, hasta la mayoría absoluta de Aznar en el año 2000. Entonces se hizo añicos cualquier intento de comprensión mutua y el castellanismo volvió a sus territorios con todo lo que después ha ocurrido: una España diseñada desde el sentimiento y una lectura de la historia sesgada y castellanista.
- e) Rotos los puentes, después de la sentencia del Tribunal Constitucional de 2010 sobre el Estatuto de Cataluña, yo voté ese segundo Estatuto «por razones de mal menor»¹ (y recibí una felicitación manuscrita del propio Fraga: «Enhorabuena por el mal menor»). Tras el acceso de Rajoy al poder, la incomprensión o el hecho de desentenderse del tema catalán, probablemente planteado a destiempo y con inoportunidad por Artur Mas, hizo que mi desengaño por el tancredismo del jefe del Gobierno central frente a la gravedad del reto que se le planteaba y su inoperancia para el compromiso negociador, dejando que se instalara unilateralmente el discurso único en Cataluña, me llevara al desencanto y la desesperanza de encontrar una vía de solución negociada, que mucho me temo que es la única por encima de las ilusiones desafortunadas y un poco solipsistas.
- f) Por último, la gota que derramó el vaso fue la inoportunidad con la que se tratan los intereses de los catalanes

1. «Teoría del mal menor». *La Razón*, junio de 2006.

—la mayoría legítimos, como el derecho a la propia tierra y su ecosistema cultural y económico en el delta del Ebro, o el uso de la lengua propia en los procesos educativos que torpemente ha administrado el señor Wert—, y eso me ha conducido a este punto final de treinta años de cooperación con la historia y la tradición del PP.

Educado en el delta del Ebro (El Perelló y Tortosa) hasta los veintiún años, no puedo desentenderme del vínculo con la tierra, a la que amo y de la que me siento muy orgulloso. Otra cosa sería una traición. Para mí el derecho a la tierra es sagrado, con todo lo que eso conlleva. No atenderlo supone el divorcio; y en eso estoy, en estos momentos bastante dolorosos, viendo cómo se estropea una obra tan singular y reconciliadora como la del presidente Tàrradellas, a quien profeso respeto y admiración.